

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

## La vida política

Como casi todos los ministros andan por estos alrededores, no es extraño que la política, aunque con escaso movimiento, se haya trasladado a la frontera francesa. Estamos en una época de calendarios; se hacen para todos los gustos, siempre pensando en octubre, que es cuando van a comenzar las grandes maniobras... políticas. Por de pronto parece que el asunto del regreso de Francia de que hablabamos en nuestro anterior artículo, ha quedado felizmente eolucionado: ya no se molesta a nadie al entrar en España; parece que esto se debe a la intervención del marqués de Lema; y las órdenes del gobernador no habían sido bien interpretadas, y de ahí surgió el conflicto. Sería de desear que todas las dificultades relacionadas con los servicios públicos se arreglasen tan pronto y tan bien como la que nos ocupa.

Ahora les ha dado a los ministros por pedir que la prensa rectifique todas las noticias que publica y que no encuentran exactas los señores consejeros de la Corona; el señor Dato es el que ha tomado en este punto la iniciativa. Esto parece acusar el propósito ambicioso de dirigir todos los periódicos españoles. No le vendría mal al gobierno que a cambio de las cuatro noticias que da a los reporters que visitan al presidente del Consejo y a cambio de hacerles escuchar los autobombos que a diario se prodiga, éstos recibieran sus inspiraciones para aportar a ellas la conducta del periódico que representan. Esto sería el colmo del gobernar en paz y con una satisfacción diaria. ¿De cuan distinta manera entendía estas cosas el general Martínez Campos! Cuando fué nombrado presidente del Consejo y apenas acababa de tomar posesión de su cargo, le fué anunciada la visita de un periodista, a quien recibió inmediatamente.

—Mi general—le dijo el reporter,—soy noticiero y vengo a que tenga usted la bondad de darme las noticias que posea.

—Pues si es usted noticiero—respondió aquel sincero político—vendrá usted a darme las, no a pedir las.

Verdad es que el general Martínez Campos no se cuidaba de solicitar los elogios de la prensa ni entendía que eso fuera necesario para gobernar bien un país; suponía que sus actos serían juzgados según su importancia y condición y no concebía que debía solicitarse el aplauso público, como se suele hacer al final de las comedias. El señor Dato opina todo lo contrario, y entre noticia y noticia que da a los periodistas en su conferencia diaria, desliza un elogio para los ministros ó para su propia persona, a ver si se copia y circula para satisfacción de sus correligionarios. Esta es una de tantas habilidades como tiene el señor Dato, que parece que se cae de blando y tiene su trastienda correspondiente, aunque de menor cuantía.

Precisamente esto del elogio de la prensa fué uno de los puntos tratados y discutidos en las intrigas que precedieron a la crisis del huerto del Alfarero. Unos cuantos primates idóneos acordaron que el señor Maura tenía un inconveniente grave para encargarse del gobierno y era la hostilidad de cierta parte de la prensa, cuyo influjo en la opinión le aumentaba el número de enemigos considerablemente. Con algunas palabras suaves del señor Maura con alguna expresión vaga que hiciera suponer que no se volvía a la política de 1909, esa parte de la prensa podía haber disminuido su hostilidad; pero ¿quién se atrevía a proponer al señor Maura semejante rectificación y quién se atrevía a indicarle sobre todo la causa? Para esto no tenía ánimos nadie y se optó por el método más expeditivo: por el de decapitar al partido conservador, suponiendo que en política, donde tantas cosas raras ocurren, sería posible el funcionamiento de un cuerpo sin cabeza.

Pero en esto de las relaciones de los hombres públicos con la prensa hay una historia larga y un procedimiento viejo que se sigue empleando con el mismo feliz éxito. Se somete a un personaje a un minucioso interrogatorio sobre cualquier asunto de actualidad. El hombre que ve que su palabra, reproducida por miles de ejemplares, va a llegar a todas partes, aprovecha la ocasión para hablar de lo humano y lo divino haciendo gala de todo su saber aunque sea escaso. Publicada la conferencia resulta, como en toda obra humana, que hay párrafos plausibles y pensamientos inconvenientes de los cuales se apodera la crítica para juzgarlos; pues bien, el personaje se apresura a declarar que todo lo bueno es suyo y está bien interpretado por el periodista y que de aquello que se halla censurable no ha dicho lo que su interlocutor ha transcrito; en esa parte no ha sido bien comprendido ni fielmente interpretado.

¿Se conoce nada más cómodo? Pues de esta comodidad quieren disfrutar a toda costa los ministros actuales y principalmente el señor Dato. Son ya muchas las veces que cuando los periodistas han transmitido al público alguna opinión de los ministros que han resultado de gran inconveniencia, se ha declarado inmediatamente que sus palabras han sido mal en-

tendidas y que son incapaces de pensar lo que erróneamente se les ha atribuido.

El señor Dato es el más expuesto a verse en este género de compromisos por lo que habla; el señor Dato, imitando al señor Canalejas, hace un discurso diario para la prensa sobre política interior y exterior y un presidente del Consejo no puede hacer esto ni tener una seguridad de palabra que pocos poseen para no dar lugar a una interpretación equivocada de su pensamiento.

Además el señor Dato se ha propuesto un verdadero imposible: que haya censura previa sin censura; que no haya reuniones públicas sin prohibirlas; que no haya Constitución sin suprimirla; que haya Cortes sin sesiones; que haya oposiciones sin oponerse a nada; que haya gobierno sin gobernar, y otra porción de extravagancias del mismo género que nos han conducido a una situación política completamente gris y sin contornos definidos merced a lo cual ya no sabemos si los conservadores son conservadores ó correligionarios de Pablo Iglesias, ni si una parte de los republicanos es ó no monárquica a la hora presente, ó si hay monárquicos que son republicanos por dentro.

En este período de confusión política que atravesamos no se sabe donde está colocado nadie y no es extraño por lo tanto que el señor Dato se le antoje influir en la marcha de todos los periódicos españoles marcando en su sermón cotidiano los temas de actualidad y su desarrollo. La prensa que como todo lo humano tiene mucho bueno y mucho malo cae a veces en candideces de una bondad inexplicable. Un ejemplo: de cuando en cuando el señor Dato facilita a los periodistas la satisfactoria noticia de que merced a las acertadas gestiones de tal ó cual autoridad española han sido rescatados varios soldados que se hallaban en poder de los moros. ¿Cuándo han caído prisioneros? Eso no se cuenta nunca y sin embargo ha ocurrido el hecho porque de lo contrario no sería posible el rescate.

Razón habrá para sospechar dada esta forma de facilitar noticias que existen cautivos en poder de los moros y no sería mal número para celebrar el centenario de Cervantes la liberación de cuantos sufran la suerte del autor del Quijote, en Argel. Pero no hay cuidado de que el gobierno diga ni quienes son hasta que estén en libertad. La guerra europea con sus diárricas sorpresas requiere la atención de todo el mundo y merced a este triste suceso nadie se fija en cosas como la que acabamos de señalar.

Estas son las pequeñas habilidades del señor Dato favorecidas por un suceso de interés mundial que aparta la vista de las gentes de todo lo menudo y accidental como es la actuación milagrosa del señor Dato en la Presidencia del Consejo de ministros de España.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

Irún, 27.

## PROBLEMAS NACIONALES

### Militaricémonos

I

Aun con riesgo de incurrir en el desagrado de los elementos intelectuales enamorado de la civilización anglo-latina y que, juntamente con las naciones aliadas contra Austria-Hungría y Alemania, se aprestan a aplastar al militarismo germánico—parte por germánico y parte por militarismo—séame permitido a mí, modestísimo escritor, suspirar por que España se militarice. Sí; militaricémos un poco; militaricémos a España, porque digan lo que quieran los civilistas más ó menos helénicos, latinos y mediterráneos, España, precisamente, necesita unas fuertes inyecciones de militarismo como único y supremo recurso para salvarse como nación y como Estado, es decir en el alma y en el cuerpo.

Lo hemos dicho en otras ocasiones: holandeses, belgas, daneses, suecos, noruegos, suizos, pueden contentarse con ser lo que son; los españoles no: una nación de veinticinco millones de habitantes—las estadísticas oficiales no suelen decir la verdad—con algunos otros millones de súbditos esparcidos, y abandonados, sobre toda la haz de la tierra, no puede ni debe resignarse a vivir esta vida de vilipendio, sometida a otras naciones, sin influencia en la política ni en los destinos del mundo y sujeta a neutralidad forzosa. Una nación cuya lengua hablan ochenta millones de seres humanos en Europa, América, Asia y África y cuya posición geográfica la coloca en el punto central de las grandes vías comerciales y estratégicas del mundo, no puede conformarse con su actual condición de nación sometida. Una nación que ha influido en la suerte de la humanidad entera de manera tan decisiva como ha influido la nuestra, no puede renegar ni de su prosapia ni de sus destinos. Ha sido brazo de la Providencia y no puede renunciar a la gloria de volver a serlo.

Y para volver a serlo su espada tiene que pesar de tal modo que al ponerla en la balanza de los poderes del mundo, el platillo que la soporte debe venir de gol-

pe, abajo; y para que esto suceda la nación debe militarizarse, no sólo forjando una espada que pese en la tierra y sobre las aguas, porque esto no sería más que la militarización material, el arma inerte, sino forjándose un alma capaz de todos los sacrificios y todos los esfuerzos, es decir, militarizándose moralmente y haciéndose apta para manejar esa espada con mano fuerte y segura. Esto a muchos puede parecer un sueño, ó un delirio de grandezas mal avenido con nuestra postración; pero es cierto que necesitamos esa espada y esa alma para ser, cuando menos, un pueblo dueño de sus destinos y para resolver el problema de si hemos de continuar ó no siendo un Estado soberano, capaz de defender su patrimonio.

El por qué está claro; la guerra actual nos da la enseñanza más completa y profunda, y aun sin esta guerra nosotros, por nuestra propia deadicha, la habíamos aprendido ya: los pueblos y los Estados no se rigen en sus relaciones por la pura moral evangélica—que dicen que rige hoy en las relaciones entre los individuos, y casi nunca es verdad,—ni por las normas del derecho cristiano. Ni se rigen por ellas ni se han regido nunca, ni por ellas se regirán hasta pasados algunos milenios; y en tanto que éstos transcurren, en tanto que se llega a ese ideal de paz perpetua y respeto mútuo, no hay más remedio que vivir en estado permanente de preparación a la defensa, perfectamente armados en todos sentidos, ó resignarse a vivir en dependencia humillante y a merced de los fuertes.

Por no estar armados ni prevenidos, por haber descuidado este espíritu de defensa y haber dejado que se embotara nuestro instinto de conservación, un pueblo de ayer, y para mayor irrisión y escarnio, campeón del pacifismo, apoyó la sublevación de nuestras colonias, nos declaró la guerra y nos echó del continente que habíamos descubierto, conquistado y civilizado; y no contento con poner en práctica la doctrina de «América para los americanos»—mientras consiente que Inglaterra, Francia, Holanda y Dinamarca, que no las habían descubiertos, sino arrebatado, mantengan sus posesiones en América y aun Francia tenga allí su más degradante presidio,—nos arrojó también de Asia, mostrando claramente con ello que no era la libertad de los pueblos oprimidos lo que le hizo tomar las armas contra nosotros, sino su afán de conquista y de dominio, su codicia imperialista, su ansia de poderío: asegurar su posición preeminente en el golfo de México y por lo tanto la llave del Canal de Panamá y contar con bases navales y comerciales en el Pacífico, frente a la China, al Japón y a Inglaterra. Esto lo hizo el pueblo pacifista por excelencia, el campeón del derecho y de la libertad civil, que, ello no obstante, posee la segunda flota militar del mundo. Es de suponer que este mismo pueblo ó cualquier otro de los que rivalizan con él en pacifismo, amor al derecho y a la libertad, no tendrá reparo el día que se tercie, en *Ubertar* a las Canarias, a Galicia, a las Baleares ó cualquier otro pedazo de tierra española oprimida.

De modo que no tenemos necesidad de apelar a las lecciones del conflicto presente para aprender muchas cosas que en unos pocos años de paz material había olvidado el mundo, esto es: que las invasiones en países neutrales, devastaciones, incendios, bloqueos, atropellos del derecho, etc., etc., habían ocurrido muchas veces, en todas las grandes guerras. Alemania ha ocupado a Bélgica, Inglaterra unas islas griegas y el día de mañana—quizá no está lejano—Holanda ó Dinamarca se verán invadidas por Inglaterra ó por Alemania, ó por ambas a la vez, como es lo más probable y como hubiera ocurrido indudablemente en Bélgica a no haber madrugado tanto los alemanes. Y está en lo posible—no nos atrevemos a decir en lo probable—que nos encontremos nosotros el mejor día con el problema en que se han encontrado Bélgica y Grecia, es decir, en el dilema de cerrar ó dejar libre el paso a ejércitos extranjeros, pues no hemos de olvidar que en tierra española se halla la base militar y naval inglesa de Gibraltar y en nuestro propio costado otra base inglesa, que es Portugal. Parece esto muy lejano, muy lejano; pero hace tres ó cuatro meses Brest-Litowsky estaba muy lejano de los Carpatos y ahora ya no lo está.

Por todo ello, para ocupar el sitio que nos corresponde en el mundo y aun para no perder el que actualmente ocupamos; no ya para conquistar ó recuperar otras tierras, sino para conservar las que no hemos perdido aun; finalmente, para seguir viviendo, necesitamos militarizarnos; pero no sólo lo necesitamos para constituir un Estado que merezca el respeto de los demás, sino para seguir viviendo como pueblo independiente; no sólo para no caer en la mayor miseria y abatimiento político, sino en la más espantosa miseria material y espiritual. En la competencia económica, que una vez hecha la paz será cada vez más dura y más difícil, podríamos caer tan abajo que no pudiéramos levantarnos más y a no ser que quedáramos convertidos en un pueblo dedicado al pastoreo y en constante emigración, hemos de hacer esfuerzos inauditos para prepararnos a todas las luchas y a todas las defensas, a la militar y a la económica, a la política y a la industrial.

Para cualquiera de estas tareas y más para todas juntas, necesitamos militarizarnos. Militarización, puesto que este el nombre que se le ha querido dar, significa todo lo que más falta hace en España, casi me atrevo a decir lo único que la hace falta: orden, respeto a la ley, disciplina, deber, cohesión, espíritu de sacrificio...

Escuela de todo esto es el ejército. Se ha sostenido en España como principio incontrovertible que nuestro problema es un problema de escuela. Sí, lo es; pero antes que este es un problema militar. Primero militar y después de escuela. Para que la escuela sea eficaz en este sentido, es preciso que el maestro lleve a ella el espíritu de amor a la patria, al deber, al trabajo, al orden, a la disciplina, a la cohesión y al sacrificio: todo esto debe aprenderlo el maestro en el ejército: es la única escuela de estas cosas y fuera de él no se halla en arte alguna otra donde estas cosas se enseñen, no sólo en teoría, sino prácticamente, y por esta escuela pueden y han de pasar en adelante todos los españoles.

ANGEL RUIZ Y PABLO

## Cotidianas

No gana uno para sustos en este picaro año de desgracias de 1915. Por si no bastara la guerra, por si no bastaran las monumentales broncas dedicadas a mi entrañable amigo el Gallo, por si no bastaran las innumerables sensacionales catástrofes que con tanta delicia disfrutamos, hasta vuelven del infierno las almas de los condenados. Es para morir de pavor.

La noche era oscura, como son todas las noches cuando no hay una luz que ilumine ó una pálida y melancólica luna que sonría inspirando canciones a Pierrot; junto a las tapias del cementerio de... no recuerdo dónde, pasan unos labriegos, oyen ruido, levantan la vista, ven, se santiguan y echan a correr. Por encima de las tapias del composito saltaron dos figuras enojadas en llamas, dos demonios, sin duda, que regresaban de hacer un viajecito de recreo a las calderas de Pedro Bolero, que son muy a propósito para veranear. Y corrían por los campos, en la soledad de la noche oscura y serena, sin pensar en los labriegos, que corrían aún más que ellos.

¡Les he visto el rabo!—decía un campesino.

—¡Y yo los cuernos!—contestaba otro.

—Son Saland y su ayudante de campo—interventía un tercero.

Las gentes ilustradas, que todavía quedan y quieren presumir de sabias, dicen que eran dos rateros que querían robar en el cementerio unas bombonas de bencina; que uno de ellos encendió una cerilla; que la bencina de las bombonas se inflamó, incendiando las ropas de los rateros, y que ellos huyeron asustados y achicharrándose mientras los campesinos huían también, tomándose por demonios.

No os feis de las gentes ilustradas, porque dicen eso sólo para tranquilizarnos. En este año 1915 todo se puede temer, y nada tiene de particular que vengan los demonios cuando ya el infierno parece haberse trasladado a la tierra. Si el año continúa, si no lo damos por terminado, si no hacemos que dimita antes de lo que prescriben los estatutos, lo que tendremos que hacer es lo que hicieron los campesinos: santiguarnos y echar a correr.

CAROLÍN

## DE SOCIEDAD

### Capítulo de noticias

—Marchan a Portugalete los señores de Plana con su hija.

—Los señores de Ferrer-Güell salen el martes hacia San Sebastián.

—Se encuentra pasando unos días en Roma, con el conde de Valle-Martés familia, don Carlos Sanlehy.

—Don Rafael Vehils, nos ruega hagamos constar no ser cierta la noticia publicada por un colega de la noche, del que entregáramos nosotros la noticia de haber sido nombrado gentilhombre. Esta rectificación que hacemos muy gustosos no anula el supuesto de que su meritísima labor americanista, bien merece una distinción que tiene sobradamente justificada.

—Ha sido entregado un nuevo y hermoso automóvil 30 H. P. de marca italiana, a los marqueses de Sentmenat.

—Llegan de su excursión en automóvil por el Norte de España, los señores de Puigmarí.

—Celebró ayer su santo la linda señorita Agustina Pérez.

—Veranean en Vhadrau los señores de Ráfols y los señores de Ventura.

—Marchó a París, don Salvador Vidal Topete.

—Regresa de Galicia, don Francisco Sillá.

—Marcha a San Sebastián, la distinguida señora de Ricart, viuda de Vilacechia, con sus hijos.

—Tenemos noticias de haberse celebrado una bonita fiesta, con asistencia de las autoridades civiles y militares en la hermosa posesión que la distinguida señora de Fabra de Vigo posee y habita actualmente con sus bellas hijas en las proximidades de Mahón.

BOY.

LA VANGUARDIA recuerda que no puede devolver los originales de trabajos no encargados que se le envían para su publicación, ni mantener correspondencia acerca de los mismos.